

CAPITULO IX.

Expedición de Aníbal á Italia. — Venida de Cneo Escipión á España. — Sus primeros triunfos. — Combate naval entre cartagineses y romanos. — Publio Escipión en España.

DESPUES de la toma de Sagunto Aníbal se habia retirado á Cartagena, donde tenia sus cuarteles de invierno. Allí dió licencias temporales á sus soldados, ordenándoles que á la primavera siguiente, y despues de haber reposado en sus hogares de sus pasadas fatigas, volvieran á reunirse en dicho punto para la colosal empresa que su jefe intentaba contra Roma. Aníbal aprovechó aquella ocasion para dirigirse á Cádiz, donde hizo votos y sacrificios en el famoso templo de Hércules para tener á los dioses de su parte en lo sucesivo y darles gracias por las victorias obtenidas.

Al tiempo convenido reuniéronse de nuevo en Cartagena las licenciadas tropas. Mandáronse al Africa quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, de cuya ciudad pasaron en cambio á España otros tantos africanos ó cartagineses, que Aníbal puso á las órdenes de su hermano Asdrúbal, á quien confió además el mando de cincuenta y siete galeras para hacer frente á las fuerzas navales que Roma tenia en el Mediterráneo.

Antes de su marcha á Italia, dejó Aníbal tambien en el castillo de Sagunto, y como en rehenes de su fidelidad á Cartago, á los hijos de los principales de varias ciudades confederadas, confiando la custodia de dicha fortaleza á un magnate cartaginés llamado Bostar. A Hannon encomendósele la defensa del territorio entre el Ebro y los Pirineos.

Arregladas así las cosas, Aníbal, al frente de noventa mil peones ó infantes, doce mil caballos y cuarenta elefantes, emprendió la gigantesca expedición que era su sueño dorado y tenia proyectada muy de antemano.

Segun refiere Tito Livio, antes de franquear el Ebro, el caudillo cartaginés tuvo un sueño de favorable augurio para el buen éxito de su expedición.

Créese que Aníbal y los suyos cruzaron dicho río por tres puntos distintos: Mequinenza, Mora y Tortosa.

Antes de llegar á los Pirineos el ejército expedicionario cartaginés sometió, no sin alguna pérdida, á los ilergetas, cosetanos, laletanos, bargusios, ceretanos y ausetanos.

Cuéntase de varios modos la desercion ó defeccion de tres mil carpetanos del ejército de Aníbal al cruzar los expresados montes. Lo que parece algo mas fundado es que en aquella ocasion fueron licenciados unos diez mil españoles, incluso los carpetanos de que acabamos de hablar, bien deba atribuirse este licenciamiento á desconfianza, ó á que se juzgara prudente una reduccion de fuerzas.

Aníbal parecia el mismo genio de la guerra personificado; nada es capaz de arredrarle ni de contener la fogosidad de su belicoso carácter. Los mismos obstáculos y peligros solo sirven para aumentar su valor y redoblar su energía. Los horribles precipicios, los altísimos y fragosos montes, los enemigos numerosos y aguerridos y las inmensas distancias, en vez de constituir una insuperable barrera á su ambicion, parecen allanarse á su indomable voluntad y contribuir admirablemente á la realizacion de sus colosales proyectos. Indudablemente Aníbal aventajaba en talento militar á cuantos generales Cartago habia enviado hasta entonces á nuestra Península.

No seguiremos al conquistador cartaginés á Italia, ni hablaremos de las alianzas ó amistades que contrajo á su paso con varios pueblos, ni de las proezas de los españoles que militaban bajo sus banderas; nuestra tarea debe concretarse exclusivamente á referir lo ocurrido á la sazón en nuestra patria, ó á lo menos lo que tenga muy inmediata relacion con ello.

Publio Escipión fue el general designado por el Senado romano para llevar la guerra á España contra las armas de Cartago. Mas sabedor Publio de que Aníbal se dirigia á Italia, quiso cortar sus pasos, y se adelantó con su ejército hácia la confluencia de los rios Ródano y Sona, cerca de la ciudad de Lyon; pero ya no pudo alcanzar al cartaginés. Por lo tanto volvióse á Italia, y dividiendo allí su ejército, mandó la mayor parte de él á España á las órdenes de su hermano Cneo Escipión.

Dicho General romano desembarcó en Ampurias (primer pueblo español en que penetraron las águilas de Roma), y procuró desde luego atraer á su partido á los naturales, quienes disgustados ó malcontentos de los cartagineses, creian ver en Cneo Escipión mas bien al reparador del agravio inferido á los saguntinos que á un nuevo conquistador. Con esta política no tardó en dominar toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro, alcanzando un brillante triunfo sobre las tropas de Hannon, quien sucumbió en la pelea, segun unos, ó fue hecho prisionero. Cayeron tambien en poder del romano los bagajes que Aníbal habia dejado al pasar á las Galias, bajo la custodia de un rico español llamado Andúbal, para que el ejército cartaginés pudiera seguir su marcha mas á la ligera.

El feliz resultado de sus primeras operaciones militares dió pábulo á la superstición de los nuevos invasores de España para augurar bien de las ulteriores conquistas.

Parece que la armada romana inverná aquel año cerca de Tarragona. «Debió ser en el puerto de Salu, al que parece que Rufo «Festo llamó Solorio, distante de aquella ciudad cuatro millas á la

«parte de Poniente (1).» Su nombre actual es Salou, inmediato á la ciudad de Reus, patria del que escribe estas líneas.

Á la primavera siguiente Asdrúbal quiso vengar la derrota de Hannon, á cuyo fin organizó una expedición marítima que salió del puerto de Cartagena al mando de Himilcon (2). Componíase de cuarenta naves que iban siguiendo por mar la misma dirección que seguía el ejército por tierra á las órdenes de Asdrúbal. Al tener noticia de ello, Cneo partió de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas. Al sorprender las naves de Cartago, á las bocas del Ebro, apresó veinte y cinco de ellas, echó las restantes á pique, ó las hizo varar en la costa, y recorrió triunfante todo el litoral desde el Ebro al cabo Martin, causando estragos en los depósitos cartagineses, é incendiando hasta los arrabales de Cartagena.

Asdrúbal y los suyos juzgaron prudente retirarse á Cádiz, despues de haber visto con amargo desconsuelo los triunfos de los romanos y reconocido su impotencia para repararlos.

Hubiérase dicho que al par que en Italia iba siendo mas brillante la estrella de Cartago, en España se eclipsaba.

Cuantos ejércitos enviaba el Capitolio al encuentro de Aníbal eran arrollados y vencidos en los primeros combates.

Despues del desastre marítimo de los cartagineses, ocasionado por los romanos, vino á España Publio Escipión con tropas de refresco para auxiliar á su hermano.

La victoria de que acabamos de hablar aumentó considerablemente el prestigio de los romanos en nuestra Península, enseñoreándoles de muchos puntos de la costa, y ocasionando su preponderancia en otros.

Lo primero que intentaron los dos Escipiones fue apoderarse de Sagunto, cuya ciudad habia sido en parte reedificada, y en cuyo castillo, conforme hemos indicado, se hallaban en clase de rehenes los principales de varias ciudades confederadas de los cartagineses.

Un saguntino llamado Abelix ó Abilyx, deseoso de recobrar su libertad y de salvar su vida, dió á entender astutamente al cartaginés Bostar, guardian de la expresada fortaleza, que si queria granjearse la amistad de los naturales y evitar los peligros que les amenazaban, era preciso que soltase á los prisioneros, permitiéndoles volver á sus hogares. Accedió Bostar á la petición; pero el saguntino Abelix entregó los rehenes á los romanos por gratitud y para hacer ver á los españoles que la libertad de aquellos cautivos no la debían á los cartagineses sino á la generosidad romana.

Esta circunstancia y la proximidad del invierno, hizo desistir por entonces de su intento á los Escipiones.

Mientras se hallaban descansando de sus fatigas y operaciones militares, la política de los dos Escipiones consistió principalmente en sembrar el oro y hacer promesas para granjearse las simpatías de los pueblos hispanos, de los cuales se confederaron á su favor mas de ciento veinte, cuya mayor parte eran celtiberos.

Los ilergetas fueron los únicos, segun se dice, que levantaron el grito de independencia y se atrevieron á luchar con los romanos. Sin embargo, Cneo Escipión, auxiliado por los celtiberos, no tardó en someter á los sublevados, y hasta hizo sufrir dos grandes descalabros á Asdrúbal que fomentaba la insurrección de los ilergetas.

Asdrúbal recibió orden de pasar á Italia; pero, antes de que la cumpliera, manifestó cuánto peligraba el poder de Cartago en España si no se le mandaba un sucesor con fuerzas suficientes para hacer respetar el pabellon de la república africana.

Nombróse entonces á Himilcon gobernador de España, á donde vino con un numeroso ejército, y Asdrúbal se dispuso, no de muy buen grado, para marchar á Italia. Mas al tener noticia los Escipiones de la expedición del hermano de Aníbal, resolvieron hacerla fracasar á toda costa, y salieron al encuentro del cartaginés cerca del Ebro.

Trabóse una reñidísima batalla, cuyo resultado fue muy fatal á Asdrúbal Barcino, pues quedaron en el campo veinte y cinco mil de sus africanos, amen de diez mil prisioneros. El jefe cartaginés retiróse á Cartagena con los restos de su ejército.

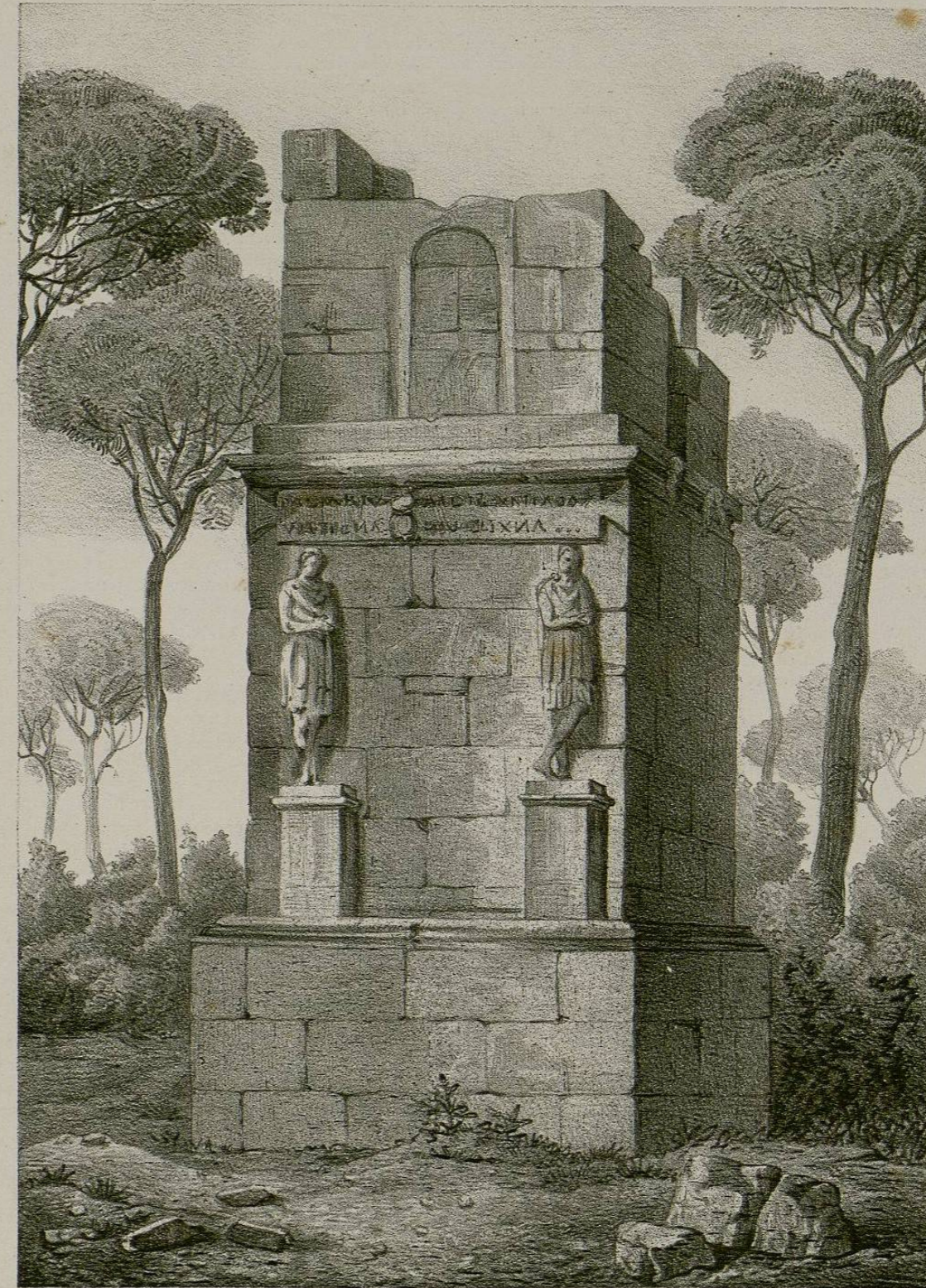
Pronuncióse entonces mas claramente la opinion de España á favor de Roma, la cual no se cansaba de enviar refuerzos á imitación de Cartago.

Esta última república mandó otra expedición marítima de sesenta naves, con doce mil infantes y quinientos caballos al mando de Magon, hermano tambien de Aníbal y de Asdrúbal. Este auxilió á los cartagineses, pero no sirvió para mejorar la suerte de sus armas.

Los tres Generales cartagineses atacaron unidos á Illiturgi (Andújar), que les habia sido desleal. Acudieron allí los Escipiones y vencieron á sus enemigos despues de haber hecho una horrorosa matanza en las filas de estos.

En los varios encuentros que tuvieron posteriormente los romanos con los cartagineses, siempre llevaron los últimos la peor parte. En uno de ellos pereció el mismo Himilcon ó Amílcar, como le denominan otros.

(1) Otros le dan el nombre de Amílcar.
(2) Mariana, tomo 1.º, cap. XII, pág. 47.



SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES.

CAPITULO X.

Venganza de los Escipiones. — Asdrúbal Gisgon y Masinisa. — Derrota y muerte de los Escipiones. — Ensanche de Tarragona. — Torre de los Escipiones. — Lucio Marcio y Claudio Neron. — Escipion el Mozo.

LA vista de los Escipiones, aunque con vergüenza, no se apartaba de Sagunto, reedificado por los cartagineses, bajo cuyo dominio se hallaba desde cinco años. Resolvieron, pues, la toma de dicha ciudad para reparar, si bien tardamente, la enorme falta cometida por el Senado de Roma.

Cayó Sagunto en poder de los dos Generales romanos, quienes la restituyeron á los pocos vecinos que habian sobrevivido á su espantosa destruccion por las huestes de Aníbal.

Para completar su venganza, los Escipiones arrasaron la capital de los turboletas, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda.

Dos nuevos generales opusieron los cartagineses al valor y pericia de los Escipiones, Asdrúbal Gisgon y Masinisa, hijo de un príncipe nómida.

Masinisa trajo consigo á España un ejército de siete mil peones africanos y setecientos jinetes nómidas, cuya excelente caballería causó tanto estragos en las falanges romanas en Sicilia y en Italia.

Dichos acontecimientos tuvieron lugar hácia el año 214 antes de la era vulgar, en cuyo tiempo la estrella de Cartago, á pesar de los brillantísimos triunfos alcanzados por Aníbal sobre las águilas romanas, empezaba también á declinar en el horizonte militar y político de Italia.

Sin embargo, los Generales cartagineses recién llegados á nuestra Península no desmayaban ni desplegaban menos actividad que sus antecesores; y aprovecharon la ocasion de hallarse los Escipiones descansando de sus pasadas victorias, en sus cuarteles de Tarragona, para enviar refuerzos á Italia.

Con tal intento los de Cartago ejecutaron varios movimientos estratégicos en nuestra Península: Asdrúbal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un ejército en la Bética, á las órdenes de Magon su hermano, y de Asdrúbal Gisgon con Masinisa.

Por su parte, los dos Generales romanos dividieron también sus fuerzas; Cneo se encargó de atajar los pasos de Asdrúbal Barcino, mientras Publio dirigía sus operaciones contra los demás generales cartagineses.

La division de sus ejércitos fue fatal á los Escipiones. Al encontrar Cneo á Asdrúbal en Anitorgis (Alcañiz) tuvo que retirarse prudentemente y evitar la pelea, por la defeccion de treinta mil celtiberos que sobornaron los cartagineses.

Tampoco fue mas afortunado su hermano Publio, pues acosado por todas partes por numerosos y aguerridos enemigos, especialmente por la terrible caballería de Masinisa, cayó mortalmente herido de una lanzada, despues de haberse defendido con todo el denuedo que habia demostrado en todos los anteriores combates.

Despues de esta victoria los vencedores juntáronse con las huestes de Asdrúbal Barcino, y mancomunados persiguieron y atacaron á Cneo Escipion, quien por lo exiguo de sus fuerzas, y á pesar de sus arduos de guerra y su proverbial arrojo, pereció en la refriega con la mayor parte de los suyos.

Tal fue el fin de los dos hermanos Escipiones despues de haber asombrado la España entera con sus esclarecidas hazañas y proporcionado tantos dias de gloria á la república romana.

Reina alguna oscuridad y confusion acerca los puntos que escogió Cneo Escipion por teatro de sus primeras campañas. Cítanse entre otros nombres á Cyno y Stino ó Scino, que acaso sea el actual Guisón; á Auso, que según unos puede corresponder al moderno de Vich, á Atanagia, llamada posteriormente Herda, y hoy Lérida, etc.

A los Escipiones debió Tarragona la conclusion de sus antiquísimos muros, su ensanche, su embellecimiento y la importancia que alcanzó mas tarde. Era Tarragona para los romanos lo que Cartagena para sus fundadores africanos.

La primera de dichas ciudades sirvió luego á los romanos de punto de partida para establecer dos grandes divisiones ó departamentos en el territorio hispano: el tarraconense, ó citerior, que comprendia á Cataluña y demás comarcas colindantes, y el ulterior, que abrazaba la Bética ó Andalucía, la Lusitania, etc.

A cuatro millas de Tarragona, en un sitio en extremo pintoresco y casi al borde de la carretera que conduce á la capital de Cataluña, levántase un ilustre y pequeño monumento, denominado vulgarmente *Torre de los Escipiones*. Acaso fueron trasladados allí los restos de dichos Generales romanos, ó mas bien aquel monumento fúnebre era solo un cenotafio, ó sepulcro vacío.

Creer algunos, y acaso no sin fundamento, que la ciudad de Tarragona se extendia, en tiempo de los romanos, hasta el sitio de que hablamos. Si así no fuera, apenas se concibe cómo pudieron erigir dicho monumento tan lejos de la metrópoli sin razon plausible para ello.

Con la muerte de los Escipiones cobraron nuevos bríos los de Cartago y volvieron á obtener la supremacía sobre nuestra Península.

Las dispersas y diezmadadas falanges de los romanos no tenían un asilo donde guarecerse: en unas partes les volvían las espaldas, mientras que en otras eran bárbaramente degollados.

Un solo genio militar quedaba á los romanos en España, si bien que hasta entonces se habia mantenido en la oscuridad: era este

Lucio Marcio, á quien eligieron los soldados por su caudillo en vista del valor y serenidad que demostraba en medio de la desgracia.

No tuvieron los romanos por qué arrepentirse de tal eleccion: Asdrúbal, que pasó el Ebro en persecucion de los primeros, y Magon, que le seguía de cerca para apoyarle, fueron completamente derrotados uno tras otro. Horrible fue la carnicería que hicieron los de Marcio en las filas cartaginesas, la vista de cuyos estandartes reanimó de tal modo á los vencidos de la víspera y enardeció hasta tal punto su coraje, que pareció transformarles en enfurecidos leones.

Las ensangrentadas espadas y pavese de los romanos infundieron un pavor tan grande en Magon y sus tropas, que ocasionaron su desordenada fuga, en cuyo tiempo muchos fueron acuchillados por los vencedores. Los dos Generales cartagineses debieron su salvacion á la velocidad de sus caballos.

Supónese que dicho acontecimiento tuvo lugar cerca de Tortosa. Encontróse en el campo cartaginés un escudo de plata, de ciento treinta y ocho libras de peso, con la imagen de Asdrúbal Barcino. Este recuerdo de las glorias de Marcio se llevó á Roma y colgóse en el Capitolio. Llamóse *Escudo Marcio*, según refiere Tito Livio.

Las victorias de Marcio no solo hicieron recuperar el terreno perdido á la dominacion romana en España, sino que conjuraron los peligros en Italia, impidiendo que Asdrúbal acudiera en socorro de su hermano Aníbal, quien se hallaba todavía pujante.

Sin embargo, Roma mostróse ingrata hácia el vencedor, pues herida probablemente en su orgullo, porque el nombramiento de Marcio (que en una de sus cartas se daba el título de pro-pretor) no hubiera emanado del Capitolio, confirió dicho título á Claudio Neron, á quien mandó á la Iberia con un refuerzo de once mil infantes y mil caballos.

El generoso Marcio, anteponiendo su deber y patriotismo á su propia dignidad y medro personal, en vez de darse por ofendido de la injusta conducta del Senado romano, acató con sumision sus decretos, y continuó sirviendo á su patria bajo las órdenes de Claudio Neron.

No anduvo muy acertada Roma en su eleccion; pues casi nada notable hizo en España el sucesor de Marcio: una de sus hazañas, quizá la única, consistió en acorralar á Asdrúbal Barcino en una garganta de la sierra de Alcaraz. Pero el astuto cartaginés logró salir con los suyos de su apuradísima situacion haciendo sufrir una pesada burla al romano, que este no pudo ó no supo vengar.

No tardó Claudio Neron en ser llamado otra vez á Roma.

Deliberóse en el Senado y el pueblo romano acerca quién debía suceder á Neron en el mando de España: nadie se atrevia á solicitar dicho honor en vista de lo espinoso del cargo: ya no se sabia de quién echar mano, cuando se levantó el joven Publio Cornelio Escipion, hijo del otro Publio muerto en un combate contra las armas de Cartago. El lenguaje de Escipion, su arrogancia y su promesa de vengar el nombre romano y á su familia, le valieron el nombramiento de procónsul. Militaba también á favor del elegido el valor que desplegara en Italia en una batalla contra Aníbal, y en la cual salvó la vida á su padre.

La supersticion pagana habia forjado algunas fábulas de buen agüero acerca el nacimiento y los futuros destinos del joven Escipion, quien contaba solo veinte y cuatro años de edad cuando desembarcó en Tarragona con los diez mil infantes y mil caballos que trajo consigo de Italia.

Cuando los principales de Roma querian abandonar la Italia despues del desastre de Cannas, Escipion sacó osadamente su espada y amenazó con atravesar el corazon al cobarde que no volviera á Roma.

Escipion era tan hábil político como excelente militar. Desde su llegada á España procuró estrechar las amistades con varios pueblos y preparar el terreno para realizar su grande empresa, que consistia, por de pronto, en apoderarse de Cartagena, famoso baluarte de Cartago y núcleo de su fuerza en nuestra Península.

Al comenzar la primavera, y aprovechando la ocasion en que los tres principales jefes se hallaban lejos de dicha plaza, dió orden á Lelio (uno de sus tenientes ó legados) de seguir la costa con la escuadra, mientras él sin perderla de vista, y al frente de veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, cruzó el Ebro; y á los siete dias de marcha el ejército y las naves romanas se hallaban cerca de Cartagena.

La guarnicion de Cartagena, cuyo jefe se llamaba Magon, solo se componia á la sazón de mil hombres, pero las fortificaciones eran casi inexpugnables.

Al dia siguiente al de su llegada, resolvió Escipion atacar á la vez dicha ciudad por tierra y por mar. Los varios asaltos que se intentaron fueron rechazados con bizzarria por sus defensores los españoles. Mas por último, avisado el General romano de que al bajar la marea dejaba un flanco vulnerable en cierta parte de la muralla, á donde se podia llegar á pié enjuto, mandó atacar por dicho punto, y se hizo dueño de la plaza, mientras que Lelio aprensaba todas las galeras cartaginesas que se hallaban en el puerto.



RASGO GENEROSO DE ESCIPION.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.